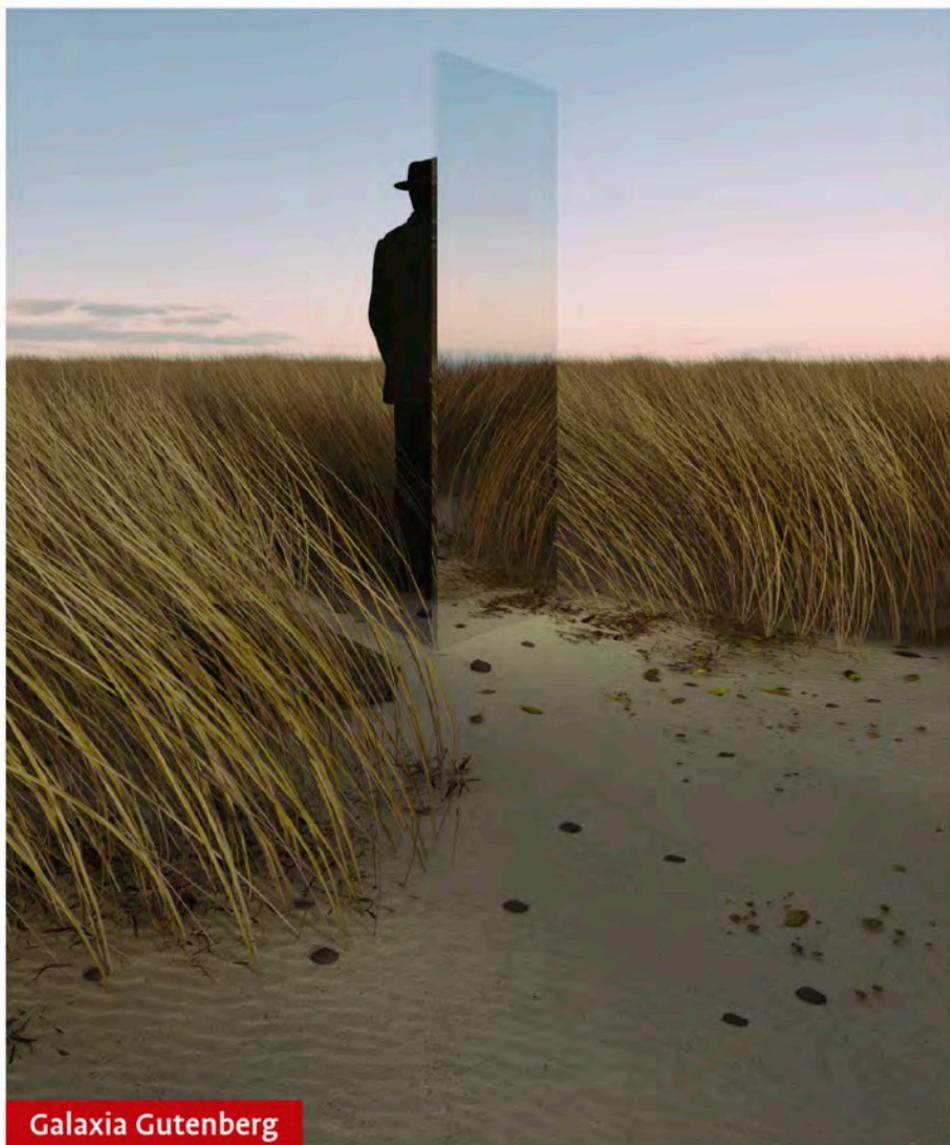


# Antonio Soler

## El sueño del caimán



ANTONIO SOLER

El sueño  
del caimán

Galaxia Gutenberg

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2022

© Antonio Soler Marcos, 2006, 2022  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Fotocomposición Gama, SL  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 12856-2022  
ISBN: 978-84-19075-77-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Cuando señalo, miren a donde señalo,  
no a mi dedo

WARREN McCULLOCH

El mercurio es un metal líquido. Su número atómico es el 80 y su peso atómico 200,61. Pero el mercurio también es un espejo de humo capaz de reflejar las imágenes que pasan por su lado. Por su superficie atraviesan sombras borrosas, igual que una figura en la penumbra de un espejo o una silueta confusa que camina a lo lejos bajo un atardecer de lluvia.

A veces, el pasado también se transparenta en la piel líquida del mercurio. Yo lo muevo lentamente. Es pesado. Cabecea, se fragmenta en óvalos oscuros, en bolas autónomas que vuelven a fundirse con el siguiente movimiento. Tengo un tubo de cristal con una pequeña porción de ese metal, y cuando el hielo de la tarde hace opacos los vidrios de los ventanales y está a punto de romperlos, lo agito despacio. Me entretengo con ese juego inocente. Esperando que se hunda o se congele el mundo. En el mercurio de mi cabeza aparecen los pájaros inmóviles delante de aquella linterna, las pequeñas gotas de sangre que manchaban mi camisa. Un asomo de remordimiento.

Dentro de mí hay un río. Un flujo lento que arrastra en su superficie troncos de árboles, imágenes de otro tiempo. Este es el Hotel Regina, treinta y cuatro habitaciones repartidas en tres pisos. Yo soy su recepcionista

más antiguo. Dentro de seis meses me jubilaré. Vivo en este país, que no es el mío ni el de nadie, desde hace más de tres décadas.

Canadá. Este año la primavera es lenta, no acaba de sacudirse el invierno, que la tiene atrapada como a un cuerpo exangüe, debilitado por una enfermedad penosa y larga. Hasta la semana pasada el agua goteaba sucia por el desagüe de los parterres, supurando los restos de un hielo resistente y pétreo que no había empezado a derretirse desde ocho meses atrás. Hace unos días que tenemos sol y la gente camina animada por las calles. Hablan en voz más alta, los veo gesticular al otro lado de los ventanales. El mercurio se va ensuciando con el tiempo. Como los hombres, como el hielo y los recuerdos. Tenía el tubo en mi mano cuando ha llegado él, cuando he escuchado su voz. También, en la superficie del mercurio, en mi mente y en las vidrieras de la calle, evocadas por la presencia de este hombre, han aparecido las pupilas de Vera. Grandes, negras.

Habla un inglés defectuoso y la voz se le ha ahuecado. Tiene un ruido, un arañazo en la garganta. Con un leve temblor. Dijo su nombre antes de que yo apartara la vista del tubo de vidrio. Y yo pensé que era una broma, que de pronto un recuerdo saltaba del pozo de la memoria y se mezclaba con la realidad. Igual que a veces me ocurre con el sueño y la vigilia. Hay instantes en que desaparecen las fronteras que los dividen. También pensé que quien me hablaba era un muerto o alguien disfrazado de muerto y que desaparecería, o diría otro nombre, cuando viese la interrogación en mis ojos.

Todo eso, en un instante, pensé antes de poner la vista en ese hombre que me miraba desde el otro lado del

mostrador y que repetía su nombre y me informaba de que tenía una habitación reservada desde hacía varias semanas. Me indicaba una cartulina con las siglas de una agencia, con una fecha borrosa. Algo desconcertado, comprobé su reserva y vi su nombre escrito en la computadora, tal vez anotado días atrás por alguno de mis compañeros.

Luis Bielsa. Tiene un pasaporte español. Vive en Barcelona. Nació en 1916. Setenta y nueve años. La piel le cuelga de la garganta, empieza a parecer una tela muerta, una cortina que el viento, su voz, apenas mueve en mitad de una casa vacía. Sus dedos estaban quietos sobre el mostrador mientras yo cumplimentaba su ficha. La boca entreabierta de los viejos. Recuerdo que una vez me contó que lo que más temía del paso del tiempo era el temblor que los ancianos tienen en el pulso. Me lo dijo con una sonrisa, sosteniendo un papel entre los dedos, con el brazo extendido. Un papel que no se movía en mitad de una tarde verano.

Le he dado una tarjeta preparada para abrir la puerta de la 108. La llave del minibar. Se lo he explicado en inglés, pero mirándolo a los ojos. Quizá al darle la habitación 108 ya albergaba dentro de mí un propósito, y tal vez, secretamente, en algún rincón de mi cerebro, se había elaborado el esbozo de un plan remoto. Me miraba como a un extraño y yo tenía la tentación de decirle mi nombre. Durante un segundo pensé que me había reconocido y disimulaba. Al despedirlo, le di las buenas tardes en español. Con mi acento del sur. No se inmutó.

A pesar del tiempo, sigue teniendo el mismo aire distinguido, esa marca que escapa a cualquier razón lógica y que alguna gente rica detenta desde el mismo instante

en que da el primer paso en el mundo. Hasta su muerte. Un mechón blanco y vaporoso flota sobre su frente elevada, mantiene los ojos serenos a pesar de esa veladura de anfibio con la que los años nos los van recubriendo. Un abrigo gris y elegante. Camina con una suave cojera. Al alejarse me he dado cuenta de que el corazón me ha estado latiendo con golpes irregulares. Alguien llamando dentro de mi pecho a una puerta que ha estado cerrada muchos años. Los cuatro golpes de la desgracia.

Isabella es una prostituta joven. Le permito usar el hotel, cualquier habitación. No soy como mis compañeros. Observo a sus clientes. Los miro a los ojos antes de subir, mientras les entrego la tarjeta. Luego los veo salir con la mirada huidiza. Sólo algunos me miran desafiantes. Ella sale unos minutos después y se despide con un beso al aire.

Cuando mis compañeros hacen el turno de noche siempre le dan la habitación 108. Yo me conformo sólo con mirar atentamente a los individuos que la acompañan. Finjo rellenar cuidadosamente una ficha, me demoro en los detalles. Ella me sonrío con su cara de niña, el pelo revuelto y pelirrojo, pecosa. Me gusta cuando viene con su camisa roja, con el escote abierto en un falso descuido. A veces, en invierno, lleva un gorro de piel vuelta, parecido al de los viejos cazadores, y unas botas a juego. Las piernas con medias de seda barata. Piernas de prostituta, de matadero.

A mis compañeros les gusta escuchar cómo Isabella entra en la habitación. Oyen turbiamente las frases que les dice a sus clientes, el sonido de los pasos, de objetos desconocidos, llaves, relojes, al ser colocados sobre el escritorio, sobre la mesilla de noche. Es un sonido de cue-

va, con ecos desproporcionados. El rumor de los cuerpos al juntarse y las palabras, siempre las mismas, con las que les pide que dejen el dinero dentro de su bolso. Después el ruido de la puerta del baño, el agua, a veces el chasquido de un encendedor y alguien que pasea o tropieza. El silencio de la espera. Golpes que no se sabe de dónde proceden, a veces una especie de tarareo, de susurro, una pregunta a través de la puerta o el sonido de la ropa despegándose del cuerpo. Se desdibuja el tiempo, la vista de quien escucha se clava en un objeto, en la esquina de un mueble y se queda allí muerta, hasta que el objeto o el mueble desaparecen. Se cierran los ojos para oír mejor. Los sonidos son muy distintos a cómo los sentimos con los ojos abiertos. Al quedar aislados en la oscuridad se convierten en animales que caminan por el aire.

Mis compañeros imaginan el movimiento de Isabella y del cliente en la habitación. Y luego, después de alguna nueva palabra, de algún nuevo ruido, escuchan los jadeos borrosos. Intentan ver lo que está ocurriendo, traspasar las sensaciones de un sentido corporal a otro. Escuchan un ruido, más adivinado que realmente oído, de pelea, y gemidos sobre la cama.

A veces no es fácil distinguir las dos respiraciones, a veces incluso se confunden las voces susurradas de uno y otra. En realidad, la mayor parte del tiempo mis compañeros sólo oyen la oscuridad. El peso del aire, su propia respiración en el auricular. La sangre circulando en el interior de sus oídos mezclada con el flujo de la electricidad dentro del aparato. «Me moriré, me moriré», le oí decir varias veces a un chico joven al oído de Berta, la prostituta con ojeras, rubia, que bordea la cincuentena, a la que yo sí espiaba. Hace ocho o diez años.

«Me moriré, me moriré», repetía la voz del joven que la visitaba cada semana. Y yo a veces pensaba que era ella, Berta, la prostituta de origen alemán, con voz de tabaco, quien pronunciaba aquellas palabras en la oscuridad del teléfono. Se oyen ruidos de uñas en la pared, amagos de llanto, golpes, lamentos, todo lo que envuelve al placer. Había ocasiones en las que ella se quejaba de modo distinto. Como una niña. Algunas veces, en esos momentos se oyen ruidos de cadenas, una sierra, un amago de carcajada. Y sabemos que son alucinaciones, ruidos que escapan de nuestra memoria y se quedan flotando un instante en la cuenca del oído, en la realidad.

Nunca oí a nadie llamar puta a Berta mientras estuve dentro de ella. Amándola. Obedeciendo a su organismo. En secreto. Desobedeciendo en secreto a sus mujeres, a sus madres, a sus jefes, a sus sacerdotes. A una parte de sí mismos. «Me moriré», repetía el joven espigado mientras eyaculaba dentro de una funda de goma o sobre la prostituta de origen alemán. «Me moriré, me moriré», tal vez repitiera ella llena de ternura en un coro de susurros, multiplicando en mi auricular el eco de la voz masculina. Y el joven, ese sí, al salir, me miraba a los ojos con odio.

Ahora mis compañeros espían a Isabella. Oyen sus gemidos falsos y la respiración ahogada de sus clientes. Se alimentan del placer ajeno, como hacemos todos. Cuervos con uniforme azul picoteando en la pieza que otros han cazado. Una prostituta es un trozo de carne abierto en canal, volcado sobre una cama. La palabra amor. Mis compañeros se masturbarán en el pequeño aseo para empleados, derramarán su semen en la loza amarillenta y en ese instante volverán a oír la voz de

Isabella, el ruido imposible de las cadenas, las uñas en la pared, los gemidos, la oscuridad, y sentirán que también alguien está escuchando sus jadeos. Que también ellos son prostitutas cazadas previamente por la vida y se han convertido en alimento, en deseo para otros desamparados.

Ahora Bielsa camina por la tarima gastada de la habitación 108. Se mueve, respira tumbado sobre la cama. Y el sonido de sus pasos y su tos de viejo llegan a mis oídos a través del teléfono antiguo que hay en la última balda de una repisa que vuela sobre su cabeza. Ese teléfono negro con línea permanentemente abierta con la recepción y que parece un animal dormido, un objeto decorativo que alguien hubiera dejado allí olvidado, inocente.

Volvió a Barcelona. Luis Bielsa Solá. Rosselló, 188. Vive allí. La ciudad que se quedó metida en mi cabeza con el fulgor de un destello en el mar, aquel verano, mi boca llena de salitre. Caminando a su lado por la playa de la Barceloneta, con los pantalones arremangados y la espuma burbujeando en nuestros pies jóvenes. Su cara levemente bronceada, iluminada por un resplandor naranja bajo una lona de ese mismo color.

Era el verano de 1956. Al salir de la cárcel, Bielsa había ido a reponerse a una masía de su familia durante un par de meses y después anduvo por Barcelona, apareciendo fugazmente por la oficina de su empresa de exportación. Era más visible por la noche, en bares y cabarets del Paralelo. Bebiendo, aburriendo la vigilancia de la policía. Demorando el encuentro con cualquier célula. «Es igual que el Noi del Sucre, te lo digo yo, que a aquel le chupé todo el cuerpo, todo el azúcar que llevaba pegado a la piel. Y en la sangre. Guapo. Pero este más malo, tiene envenenado el azúcar y los sentimientos. ¿A que sí, mi niño?». Voces, caras que no sé de quiénes son, habitaciones en las que no recuerdo haber estado nunca. Todo fluye en un lento desorden. Pequeños barcos de papel navegando por las arterias de mi

cerebro. «¿A que sí, niño?», le preguntaba aquella camarera rechoncha, una antigua mujer convertida en alguna especie desconocida de batracio. Y Bielsa sonreía.

En la cárcel se ganó el respeto de todos. Había aguantado la bañera y los golpes sin delatar a nadie. Cuando lo soltaban en el patio, después del aislamiento, tampoco se acercaba a ningún grupo. Fumaba sentado en un rincón y era amable con cualquier compañero que se le acercara. Pero él nunca daba el primer paso. A los comunes también les daba cuerda, consejos, tabaco.

El mechón vaporoso y blanco que ahora le flota sobre la frente desentendido de la ley de la gravedad era entonces una cortina espesa y oscura que le caía sobre los ojos. Se lo apartaba despacio, mirando al suelo, como hacen algunas mujeres. Contestaba con monosílabos, pero sonriendo, a las preguntas que le hacían. Al cabo de unas semanas tenía a su alrededor a la mitad de su galería. Un tiempo de mitos, leyendas, embustes. Trabajaba despacio en la suya, en su leyenda. El burgués proletario, el comunista rebelde que tampoco aceptaba la disciplina del partido y ayudaba a los elementos descarriados del comunismo y a los viejos anarquistas que confundían su antigua ideología con la delincuencia. Asaltos a bancos, robos en joyerías, asesinatos camuflados de lucha obrera.

«Dios y el diablo comen en el mismo plato», nos advertía Rojinsky, con su sonrisa, hace cuarenta años.

La tarde se va llenando de veladuras, sombras que se alargan. Los relojes, y también las personas que entran en el hotel, empiezan a caminar con sigilo. En lo hondo de sí mismos todavía son bestias asustadas por la llegada de la oscuridad. Y aquí la oscuridad puede llegar a

parecer eterna. Cárceles. No sé si alguna vez Rojinsky me habló de la cárcel de la Gestapo en la que estuvo preso o si dentro de mi cabeza se han ido levantando de la nada, ayudados por el tiempo y la imaginación, esos pabellones de color amarillo que yo veo rodeados de un jardín abandonado, un viejo manicomio que los alemanes habían utilizado como cuartel general y prisión en un pequeño pueblo, Bailleul, cerca de Lille. Pero ahí están esos pabellones, alargándose cada vez más detrás del muro de mi frente, llenos de ventanales. Alguien tuvo alguna vez que hablarme de ellos, y yo les he ido añadiendo los detalles. Los barrotes en las ventanas, los tejados de pizarra, el musgo de sus paredes. Dentro de las cabezas también crece el musgo, también instalan barrotes en la noche.

Esa pantomima que llaman destino y que no es otra cosa que una aplicación de la ley de probabilidades. Combinatoria. Bielsa y Rojinsky se conocieron durante la Guerra Civil. Frente de Teruel. Bielsa apenas era entonces un muchacho que se paseaba entre los brigadistas, practicando idiomas. Se recordaban en mitad de uno de aquellos espectáculos que actuaban en el frente. El espectáculo fue interrumpido por un bombardeo aéreo y después Bielsa y Rojinsky estuvieron bebiendo con un saltimbanqui y un cupletista de la compañía rodante. Pero donde se habían conocido realmente fue en los últimos compases de la Guerra Mundial, en Francia.

Robert Rojinsky acababa de salir del viejo manicomio, de esa cárcel de edificios rectangulares y amarillos cercana a Lille. Bielsa andaba por París, festejando la li-

beración de la ciudad. Había salido de España al caer derrotado el ejército de Cataluña y desde entonces había vivido en Francia. Unos contaban que hostigando a la guardia civil en los Pirineos y combatiendo después contra los alemanes. Otros aseguraban que desde la frontera había ido directamente a París y no había salido de allí, de la cama de una cantante adicta a la morfina, hasta que las primeras botas nazis empezaron a retumbar por los adoquines de Montmartre y él emprendió primero el camino de Suiza, donde la cantante se suicidó arrojándose al tren, y después el de retorno a Barcelona.

Cuando yo conocí a Bielsa, en aquel verano de 1956, me enseñó una foto con Rojinsky, hecha uno de aquellos días en París. Estaban retratados con una mujer sentada en medio de los dos. Sonrientes, se encontraban en la terraza de una cafetería, bajo un rótulo del bulevar Saint Michel. La mujer sosteniendo un cigarrillo entre los dedos y con una ceja alzada. Morena, los ojos claros y una chaqueta abrochada hasta el cuello. Rojinsky mirando irónicamente a la cámara, joven, fuerte, ya con la frente amplia y las entradas pronunciadas. Y él, Bielsa, pasando un brazo por detrás de la mujer y tocando con su mano el hombro de Rojinsky.

Probablemente se separaran pocos días después de hacerse aquella fotografía. No volvieron a verse hasta ocho o nueve años después, ya en la clandestinidad, en Barcelona. Pasaron unos miles de días. Mi futuro también estaba fraguándose en aquel tiempo, la combinatoria, el destino, iba trenzando sus hilos. Los planetas girando como peonzas en mitad del universo, millones de latidos del corazón, millones de relojes marcando la cuenta atrás de nuestras vidas. Rojinsky y Bielsa metién-

dose en la cama con mujeres, mirando el techo en noches de insomnio, tragando humo, vertiendo semen, ingiriendo alimentos, subiendo a autobuses que en realidad no iban a ninguna parte, bebiendo, caminando por calles solitarias y por avenidas llenas de automóviles. Utilizando máquinas, viviendo. Soportando el tráfago, la combustión de proteínas, los flujos de sangre de sus organismos.

Todo se preparaba para la gran combinación. Yo abandonaba el pueblo y la casa de aquel hombre con el que se casó mi madre. Trabajaba en una fábrica textil en Málaga, en el mercado de Atarazanas, en una fundición. Corpas el Peluquero me daba los primeros libros, me hablaba del comunismo. Sebastián Pasos entraba en la cárcel, salía, hacía propaganda, atropellaba con un coche a un coronel de la guardia civil. Michelena cuadrículaba retratos y pintaba fantasmas en su almacén del Poble Sec y la familia de Bielsa preparaba su retorno a los negocios, a la vida pacífica y fecunda de sus antepasados. Vera dejaba atrás a sus muertos, abandonaba Extremadura, entraba en contacto con Sebastián Pasos y llegaba a Barcelona.

Y mientras, tal vez en 1946 o 1947, Robert Rojinsky volvía a Canadá. No tuvo problemas por haber combatido al lado de los republicanos españoles. Ser brigadista internacional, haber pertenecido al batallón Mackenzie-Papineau, no se pagó en Canadá con el mismo precio con que lo hicieron en Estados Unidos sus compañeros de la brigada Lincoln. Además, había luchado contra los nazis, tenía pedigrí. Pero Rojinsky ya no pertenecía a ninguna parte. Nunca lo había hecho. Era un extranjero. «No consiguió adaptarse a la vida de su país»,

oí decir algunas veces. Su país era estar en otro sitio. Su país era ninguna parte.

Los ojos pequeños y la risa exagerada, las manos desproporcionadamente grandes. Robert Rojinsky tenía la apariencia de un niño gigante. Y como un niño asustado, dentro de él circulaba un miedo raro, una ansiedad sin nombre que no cesaba de perseguirlo. Era un fugitivo que huía sin posibilidad de escapatoria. Podía ir tan lejos como una de estas bolas de mercurio. Deslizarse por un tubo de vidrio transparente, chocar contra una de sus paredes y volver atrás para fundirse con un óvalo más grande del mismo metal. Ese era Rojinsky, el inocente, el bondadoso.

También vi algunas fotografías de la época que pasó en Canadá al final de los años cuarenta. En una de ellas estaba sentado en la escalinata de un porche. Detrás de él había una anciana con uno de los cristales de las gafas ahumado. Era su madre. Estaba allí como una estatua en un pedestal, pequeña y enérgica. Él con su cuello poderoso y un bigote que debía de ser de un color naranja sucio. En la pared de su casa de Barcelona, de aquella habitación con olor a lejía y a pescado, tenía clavadas fotografías con amigos, solo en las montañas, con mujeres. Siempre mirando a la cámara con ironía, pensando en otra cosa, en otro lugar, en otra gente.

«Cuando me hacen una foto siempre pienso en quién la verá cuando yo esté muerto», decía el hombre con el que se casó mi madre. «Pienso en el dedo que se pondrá encima de mí y preguntará quién era este. En esa uña, que a mí también me parece la de un muerto, pienso», aquel hombre se quedaba con una media sonrisa en la boca. Y yo pensaba que ya estaba muerto.

Rojinsky trabajó en un barco de recreo en las cataratas, también en un aserradero, cerca de Montreal, pero antes de que empezara la década de los cincuenta ya estaba otra vez en España. Cerca de los reductos anarquistas. Los supervivientes de la FAI. Mertel, Coca y aquel tipo con la cara consumida, Sepúlveda Balmoral, que levantaba pesas y ataviado con una camiseta de tirantes fumaba sin soltar el cigarrillo de entre los labios mientras sus compañeros planeaban cómo cambiar el mundo. Domesticar a los demasiado rebeldes, espolear a los dóciles, construir caminos para que las cobayas acabaran dando vueltas en su noria.

Es fácil imaginarse a Rojinsky en medio de aquellas reuniones, bebiendo un vino terroso, mirando sin verlos a Balmoral, a Coca y a sus amigos, sintiendo el peso de su pistola en la cintura. Libre de cataratas, barcos de turistas, aserraderos y canadienses prósperos. En sus dos primeros años en España participó en dieciséis ataques. Bancos y prestamistas. Le llamaban el Apocalipsis. Quería el fin del mundo conocido para mañana, para hoy. Detestaba oír más promesas, sólo quería ejecutarlas. Poco a poco se fue apartando de los anarquistas y aproximándose a nosotros. Le gustaba nuestra organización. Decía que no parecíamos españoles, españoles como él, se reía con aquella explosión sonora, con sus dientes separados y su cara de niño calvo.

Poco antes de aquel verano de 1956 en el que yo llegué a Barcelona, Rojinsky y Bielsa volvieron a encontrarse. Revivieron sus días en París. Estaban unidos por una de tantas alucinaciones como nos asaltan a lo largo de la vida. Por la emoción de unos días pasados en medio de una ciudad en fiesta, ebrios y metidos en habita-

ciones infectas con mujeres también alucinadas, también ebrias. Fue únicamente el recuerdo de aquellos días lo que unió a dos seres tan distintos, tan opuestos como Bielsa y Rojinsky. Un verdugo y su víctima.

La noche ha convertido la vidriera de la calle en un espejo. Estoy allí al fondo, difuminado por las sombras. Escribo. Pasan automóviles por la calle, parecen vacíos. Una alucinación. Aquella alucinación, la amistad entre Rojinsky y Bielsa, también se apoderó de quienes estuvimos a su lado en la época de Barcelona. Ahora sé que sólo somos eso, seres alucinados. Yo no había cumplido veinticinco años, todavía creía en la revolución. También creía en las palabras. No en quienes las decían, pero sí en las palabras, en las ideas. Pensaba que el mundo sería distinto antes y después de mi paso por este planeta. Que algo iba a cambiar en este rincón del universo.

Yo era trece o catorce años más joven que Bielsa y Rojinsky, no había combatido en ninguna guerra. Me esforzaba por crear un orden dentro mi cabeza, tenía un marcado afán por ser coherente. El día que fui a conocer a Bielsa sabía a qué casta pertenecía. Un mimado que vivía entre Barcelona y París. Hacía de enlace y de correo. Traía noticias, consignas, y a la vez intentaba que allí no nos vieran como a delincuentes, desviados del dogma. Un universitario o un dandi que antes o después volvería con los suyos.

Así veía yo el mundo mientras caminaba al encuentro de Bielsa, Ramblas arriba, y media hora después, sentado en el Zurich delante de unas cervezas, frente a

él y a Rojinsky, empezaba a dudar de todo. Aquel hombre sabía lo que yo pensaba de él, y sin embargo me tendía la mano, me miraba directamente a los ojos. Dejaba de hablar y escuchaba con atención lo que yo decía. Y yo veía la cicatriz en el dorso de su mano, aquel clavo que le metieron entre los nudillos en la cárcel. Lo veía sonreír y esa sonrisa cálida originaba dentro de mí dudas, lugares oscuros. Verdaderamente nunca tuve claro quién era yo hasta que supe que sólo soy un cúmulo de células combinadas que deciden por sí mismas.

Sólo soy un almacén de recuerdos. Esa es mi única identidad. Un archivador desordenado, lleno de alucinaciones y caprichos. Incoherente. La incoherencia es la única verdad posible, la verdad del momento. Tardé mucho en saberlo. Tuve que ver los cadáveres de gente querida, pasar noches desnudo en una celda. Dejar que corrieran los años sin que sucediese nada. Mirarme al espejo y ver que dentro de mí tampoco ocurre nada.